

Domingo 07.12.14  
**HOY**

# Hartos de los partidos

**JUAN CARLOS FERNÁNDEZ**  
ESCRITOR

Los partidos, cuyos cargos y militantes salen de entre nosotros, bien harían en elegir a los mejores para darnos algo de ejemplo, que falta nos hace

**P**OR circunstancias que no vienen al caso, cae en mis manos el texto del comunicado emitido por un determinado sindicato que no ha obtenido representación en las recientes elecciones sindicales. Tras sus argumentos y lamentos afirman que no quieren imitar a los partidos, de los que «tan hartos estamos». Cambio de onda. En cualquier tertulia alrededor de unas copas se abomina de los políticos, de la política, de los partidos. «Son todos iguales». Vuelvo a cambiar de sintonía. Los emergentes de Podemos reniegan de lo que ellos tildan de 'casta', sin perjuicio de que acaban de constituirse como partido y, por lo que se va conociendo, van de camino a convertirse en uno de tantos.

Es cierto que el hastío que produce al ciudadano, amplificado en épocas de vacas flacas, el espectáculo continuo de privilegios, chanchullos, corruptelas, desmanes y, lo más peligroso, la utilización de la demagogia, no invita precisamente al cariño. Y esto encierra algún peligro, que se comprende mejor cuando se repasa, siquiera someramente, la historia no demasiado lejana de nuestro siglo XX. Veamos. En la España de nuestras entretelas y tras el fracaso de la II República, los vencedores de la guerra civil, armados ideológicamente con la doctrina falangista (aunque al final prevalecería el pragmatismo del general Franco, que con su solo pensamiento se bastaba), y en mucha menor medida con la tradicionalista, deploran el estado liberal y el sistema de partidos políticos, a los que acusan de los males patrios, de tal suerte que ponen en marcha, en un largo e infecundo proceso de institucionalización, la denominada «democracia orgánica». Para que no quepan dudas: no son un partido, sino un *Movimiento*. En el ámbito de los estados marxistas, el partido único pretende redimir al explotado, aunque sea en buena medida a base de destinar al Gulag (a reeducarlos, ¿verdad?) o a la tumba a millones de personas, sin perjuicio de propiciar la infiltración en las democracias liberales para corroerlas y esperar a que caigan como frutas maduras (o podridas). Todo en aras de la muy poética dictadura del proletariado, fase intermedia hasta alcanzar el nirvana comunista. Bueno será aquí recordar a Vasili Grosman, cuando afirmaba que el totalitarismo sin violencia acabaría pereciendo, y esto sirve para todos.

De modo que el perplejo y somero observador se pregunta: ¿qué pretenden quienes abominan de los partidos, por cierto consagrados en nuestra Constitución para la realización efectiva del pluralismo político? ¿Qué alternativas caben? ¿Volver a sistemas corporativos, con representaciones 'naturales' como familia, municipio y sindicato? ¿Recurrir a la vía marxista? Ambas opciones parecen periclitadas, lo que no impide que para muchos repetir la historia no constituya un especial problema: 'eadem, sed aliter'. De hecho, me figuro que si ante tanta desazón ciudadana la opción que descollara en España fuese de la extrema derecha los gritos se oírían más allá del océano. Pero no parece que para otros suponga especial dificultad entregar sus esperanzas a

otra alternativa que, amparada en un fenómeno mediático y en superioridades morales que aún tienen que demostrar, y parece que no le será fácil, promete conducirnos a un país dignísimo y superferolítico, con fórmulas que tampoco es que sean novedosas: eso de nacionalizar el crédito, por ejemplo, ya lo prometía José Antonio Primo de Rivera, que con quince días tendría suficiente para hacerlo, según decía. Por supuesto, no quiero referirme a inviábiles utopías asamblearias: son ingeniosas para las pintadas, pero ya está.

Y, siguiendo el hilo de mi perplejidad, tengo que preguntarme algunas cosas más: ¿podría España superar las crisis con soluciones que, por mucho que ahora se suavicen, no son sino arbitristos de la peor especie? ¿Esas fórmulas, que podrían coincidir en muchos términos con las que proclamaban los falangistas, no nos llevarían a la ruina? ¿Es que queremos volver a la autarquía y a la miseria, a base de no hacernos fiables ante eso que llamamos los mercados, de los que todos los que tengan cuatro pesetas, por ejemplo en planes de pensiones, forman parte?

Más aún: ¿votaría usted a un partido cuyo líder afirmara que no sabe qué hace perdiendo el tiempo en no sé que acto, cuando debería estar repartiendo obreas a sus contertulios de las ideologías opuestas? ¿Confiaría en quien no tiene otra ocurrencia que afirmar que hay que someter a los medios de comunicación al control del Estado para garantizar la libertad de prensa!? ¿Aprobaría usted volver a los tiempos del NO-DO y de la prensa del Movimiento?

Mejor no seguir, y con eso no les canso con una infinidad de preguntas, todas ellas basadas en declaraciones reales, que están grabadas y que si las hicieran otros serían motivo de escándalos mayúsculos. Además, como no está bien que les interrogue, amables lectores, me facilito mis propias respuestas: no confiaría jamás en quien al cabo subordinara la libertad, ni en quien renegara del sistema que nos dotamos con renuncias mutuas (para alguna izquierda, la Transición es claudicación, qué le vamos a hacer). ¿Cuál es, por tanto, la solución a nuestros problemas? Difi-

cilísima cuestión, con la que no me puedo atrever a ser categórico. Pero, desde luego, no volver a lo fracasado. Y exigir a los partidos que hagan cuanto sea menester para desterrar hábitos nocivos, petulancias y corruptelas. La exigencia ciudadana encontraría, me parece, el mejor argumento en una conciencia ético-social que dejara de un lado, después de siglos, la picaresca española. Esto sí que es difícil. Lo llevamos en la sangre. Si no todos, muchísimos: políticos y no políticos.

Mientras lo conseguimos, y nuestro trabajo nos costará, los partidos, cuyos cargos y militantes salen de entre nosotros, bien harían en elegir a los mejores para darnos algo de ejemplo, que falta nos hace. Y que destierren la demagogia. Y que hagan por ilusionarnos, aunque a veces las realidades sean dolorosas. Y, por nuestra parte, además, no pidamos la luna para que nuestros representantes no nos la tengan que prometer. Que después pasa lo que pasa.



FOTOLIA